

primeras creaciones. Salvo algunos aciertos, entre los que se distingue su ensayo sobre la *Revolución de la Energía*, nada hallaremos después, en su obra escrita, comparable al *Monismo Estético*. Contagiado de la prisa de hacer —¡la prisa, qué terrible enemiga de la perfección!— sus libros posteriores se resienten todos de esa nerviosa impaciencia que, acaso, ayude en él al polemista, pero perjudica indudablemente al pensador.

Por el temblor y la temperatura de su estilo, por la sinceridad apasionada de sus opiniones y por el ímpetu sin crítica con que emite y defiende sus juicios, Vasconcelos, más que un filósofo, es un lírico y un inspirado. Fuera de sí propio, se pierde en seguida. Cuando trata de resumir sus estudios indotánicos, no consigue sino extraviar al lector en el dédalo de una exposición sin método. En cambio, ¿quién, como él, sabría definir las confusas relaciones con que el instinto lo encadena, con religioso vínculo, a cada una de las teorías de que se siente poseído? En esta dirección, podríamos más bien definirlo como un místico y, haciendo uso de sus propias palabras, decir de él que "al conciliar, no abstrae, intensifica lo concreto, lo universaliza y lo convierte en valor estético infinito."

Tan diverso y sutil como Vasconcelos enérgico y simple, Alfonso Reyes provenía de otras inquietudes y realizaba otros propósitos. Dueño, desde muy joven, de una cultura en la que la solidez no era